





EN BUSCA DEL SER NACIONAL
DEVENIR ARGENTINOS



Por
Susana Cella

Escritora, doctora en Letras UBA,
profesora titular e investigadora.
Publicó *Tirante, Río de la Plata,*
Eclipse, De Amor, Entrevero;
El Inglés, Presagio, El saber poético,
poemas, relatos y ensayos en Argentina
y el exterior. Traduce literatura
en lengua inglesa. Coordina del
Departamento de Literatura del
Centro Cultural de la Cooperación.
Colabora en *Radar Libros de Página 12*
y *Caras y Caretas*.

En este artículo, la autora propone considerar los nacionalismos en un contexto donde la Nación en América está fuertemente vinculada, no con la idea de nación como comunidad con una lengua, historia, cultura y territorio común, sino, según se han conformado los Estados-Nación, erigidos y desarrollados en territorios donde anidan culturas y tradiciones diversas cohesionadas sobre la base de un discurso homogeneizador, donde la metrópoli juega un papel fundamental. Argentinos, identificados con colores, próceres, experiencias históricas compartidas y modos de asimilarlas, necesidades hechas virtudes, mixturas culturales, somos el producto de una confluencia múltiple, la resultante de la mixtura de rasgos, linajes, experiencias, lenguas, que, entre el estereotipo y lo genuinamente diferencial, es la base para una identidad concebida, no en clave de esencialidades o principios, sino como resultado de una visión crítica de devenir argentinos.

Un sketch paródico protagonizado por el actor Fabio Alberti en *Todo por dos pesos*, puede ser un punto de partida para hablar de la más que heterogénea definición de la nacionalidad. “¿Qué nos pasa a los argentinos?”, preguntaba el supuesto analista social cuestionando esa entidad totalizadora y uniforme. En el recurso al absurdo, las mezclas que iban desde apreciaciones políticas “serias” entreveradas con lugares comunes de los discursos circulantes y supuestamente interpretativos de la realidad social hasta farandulescas citas, había por lo menos dos cuestiones relevantes. Por un lado, a través del humor crítico, quedaban manifiestos ciertos clisés empezando por “los argentinos” en una igualación tendiente a evaporar conflictos en el mismo seno de ese conjunto, y por otro, como contrafaz, se exhibía precisamente un imaginario múltiple y a la vez concomitante, que bien enfatiza la teoría del cambalache discepoliano.

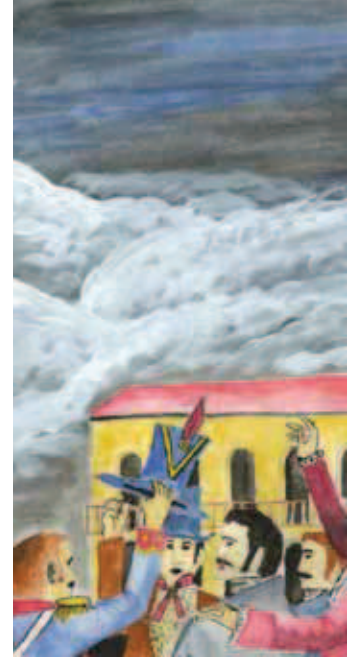
Otra faceta, diversa de esa irrisión cómica, fue una producción extranjera abocada a mostrar países, presentando a la Argentina, desde la Quiaca

a Tierra del Fuego, en la cual emergían, aun en el intento de mirada emparejante, las fuertes diferencias que las imágenes no dejaban de atestiguar al sucederse las correspondientes a distintas regiones del país. Al mismo tiempo se enunciaban ciertas “características” de los argentinos, “son orgullosos”, por ejemplo, derivación de una que aparece en apreciaciones que se expresan en comentarios tales como “se creen superiores” y aun en una ristra de chistes de argentinos. Los cuales apuntan a algo similar, así, “¿por qué cuando hay relámpagos los argentinos miran al cielo? Porque piensan que Dios les está sacando fotos”. No hay caso, estamos condenados a la grandeza. Asimismo esos chistes aluden a las astucias de los argentinos para evadir el trabajo, o sea pícaros burladores: el “infierno argentino” es el preferido de los condenados, porque los castigos no se llevan a cabo debido a que se han robado los instrumentos o a que los demonios firman la planilla de asistencia y luego se van sin hacer nada. Chantada y ardidés, simulaciones para engañar a la autoridad.

ASÍ, NO DEJAN DE APARECER LAS POSTURAS QUE RECHAZAN LAS CONDUCTAS INDESEABLES DE “LOS ARGENTINOS” COMO DESPROLIJOS, MAFIOSOS, TAIMADORES, FRENTE A LA SINCERIDAD

Una anécdota acude a mostrar algo que tanto parece interesar a los argentinos: cómo nos ven afuera. Si bien es una experiencia personal, creo que vale como testimonio. En dos lugares y momentos diferentes, en un caso en México y en otro en Cuba, surgió el mismo enunciado: “Tú no pareces argentina”, lo curioso y de algún modo impactante, es que se trataba de una suerte de elogio. Porque lo que se implicaba con tal afirmación era que un comportamiento llano, amistoso, no engréido, sin alardes ni despreciativas actitudes, se visualizaba como diferente de lo que se concebía o se había visto como típica conducta y modo de ser argentinos. Es preciso





destacar que muchos argentinos en el exterior aportaron bastante para fundamentar tal prejuicio. Lo que también lleva, y en relación con la homogeneización totalizadora, a una suerte de sinécdoque, o sea, ver en la parte el todo. Vale otro comentario, de un argentino, de la provincia de Corrientes, que se rebelaba contra esas opiniones sobre los argentinos, y que mucho tiene que ver con tener en cuenta las diversidades, sean por localidades o por sector social. “Lo que pasa es que la mayoría de los argentinos que viajan son porteños o tienen plata, entonces los extranjeros se creen que todos somos como ellos”. La alusión a lo que es propio de ciertos sectores sociales (altos y medios) es importante porque eso que intencionadamente se quiere constituir como un conjunto nacional, pretende ignorar las diferencias de clase, adquisiciones de bienes (materiales y simbólicos) y aun, en una operación muy conocida, imposición de la ideología de la clase dominante al conjunto de la sociedad, y podría decirse que en este aspecto habría un rasgo que bien podemos llamar incorporativo, es decir, que simultáneamente la “viveza criolla” es celebrada y denostada. Así, no dejan de aparecer las posturas que rechazan las conductas indeseables de “los argentinos” como desprolijos, mafiosos, taimadores, frente a la sinceridad de, por ejemplo, los yanquis, para los cuales la mentira

(las formas múltiples que esta puede adoptar en relación con una establecida verdad) es, según parece, pecado mayor que el asesinato. O bien, frente a la prolijidad atribuida a algunos países de Europa Occidental. Las voces que claman por la civilización pueden condenar actos calificados por ellos como “desprolijos”, no sujetos a algún protocolo de “orden” (en las dos significativas variantes de este sustantivo: el orden y la orden, imbricados). Desde

LA DEFENSA DE LO NACIONAL, COMO LO PROPIO, LO QUE HACE A UNA IDENTIDAD, ES UNA PODEROSA Y LEGÍTIMA FUERZA CONVOCANTE.

luego esto trasunta un imaginario sobre la civilización que se deshace apenas se ahonda un poco en la historia de tales centralidades erigidas como parámetros. Pero, al mismo tiempo, esas usinas de forja de imaginarios, bien pueden celebrar –o utilizar– los recodos de las “vivezas” y “barbaries”, no como estrategia posible de los débiles frente a las imposiciones del dominador, sino en tanto materia disponible para convalidar, sustentar y efectuar sus políticas. Negocios, complicidades, pactos, donde el fusible es precisamente ese sector “bárbaro” e impresentable, los que actúan (fuerzas de choque, por ejemplo), pero también los que, lejos de la acción directa, reproducen tales

ARGENTINOS, IDENTIFICADOS CON COLORES, PRÓCERES, EXPERIENCIAS HISTÓRICAS COMPARTIDAS Y MODOS DE ASIMILARLAS, NECESIDADES HECHAS VIRTUDES, MIXTURAS CULTURALES, SOMOS EL PRODUCTO DE UNA CONFLUENCIA MÚLTIPLE



ideologías, en la ilusión de que portan un saber armado a partir de la espesa selva de una trama discursiva donde pueden resignificarse tácticas de resistencia con actos tendientes a convalidar las desigualdades naturalizadas en nombre de algún término susceptible de identificación – nosotros, nuestra idiosincrasia-, que promueve identidades, necesarias sí, en tanto consolidan arraigos, lugares de pertenencia y evaden la desgraciada situación de marginalidad o exclusión. No poco ha tenido que ver con tal perfilación el acceso a la educación concebida como instancia homogeneizadora (pero que desbordó tal propósito), y luego, la entronización de la dignidad con el peronismo clásico. Argentino digno, con conciencia de su valía, no sumiso. Por lo que la defensa de lo nacional, como lo propio, lo que hace a una identidad, es una poderosa y legítima fuerza convocante.

De manera que cabe considerar los nacionalismos (desde las posturas xenofóbicas de rechazo a todo lo considerado “extranjero” hasta la defensa de la Nación, contra la intromisión y dominación por parte de potencias coloniales o neocoloniales) en un contexto donde la Nación en América está fuertemente vinculada, no con la idea de nación como comunidad con una lengua, historia, cultura y territorio común, sino, según se han conformado los Estados-Nación, erigidos y desarrollados en territorios

donde anidan culturas y tradiciones diversas cohesionadas sobre la base de un discurso homogeneizador, donde la metrópoli juega un papel fundamental. De ahí, la idea de argentinos (argenteum plata y por ende, espacio rioplatense) que da como resultado un intento de homologación desde la “capital” (con las consecuentes oposiciones entre el centralismo porteño y el denominado interior, nuevamente, conjuntos que están muy lejos de bloques sin contradicciones). Sin embargo, las políticas unificadoras –desde la imposición de una lengua nacional y una simbología patria- no dejan de remitir a lo que bien puede considerarse un lugar –físico y sede de un imaginario- de pertenencia caracterizado por una peculiaridad que en gran parte es resultado justamente del esfuerzo cohesivo.

Argentinos, identificados con colores, próceres, experiencias históricas compartidas y modos de assimilarlas, necesidades hechas virtudes, mixturas culturales, somos el producto de una confluencia múltiple, la resultante de la mixtura de rasgos, linajes, experiencias, lenguas, que, entre el estereotipo y lo genuinamente diferencial, es la base para una identidad concebida no en clave de esencialidades o principios (en una imposible atemporalidad) sino como resultado de una visión crítica de devenir argentinos.